



Primitivo Campillo, en su ferretería madrileña. | Alba Vigaray

Roberto Bécars
Madrid

Un ferretero asturiano de un barrio del sur de Madrid se niega a jubilarse a sus 84 años

«Es que aquí lo paso bien atendiendo al público», dice Primitivo Campillo, natural de Panes y con un exitoso y veterano negocio en el paseo de Extremadura

En el verano de 1977, cuando Primitivo Campillo cogió aquella ferretería destaralada en el paseo de Extremadura, casi no le veían el pelo en casa. Salía a las siete de la mañana y llegaba muy entrada la noche mientras realizaba una reforma integral del local. «Mira, para toda esta zona solo había una bombilla esférica mate de 40 vatios», recuerda en la parte interior de su tienda, El Sella. Llaves, cerrojos, candados y mil cachivaches lucen con su respectivo precio y un meticuloso orden en las puertas de los armarios.

«Esto no lo encontrarás en ningún lado, esto se hace mucho en Chile; estuve mucho tiempo para lograr que la tienda estuviera así, como está ahora», explica tras esas enormes gafas por las que se intuyen unos ojos pícaros con mucha mili. No en vano Primitivo, que acaba de cumplir 84 primaveras, lleva toda la vida detrás de un mostrador. A veces conoce perfectamente lo que quiere el cliente antes incluso de que este termine de hablar. Primero trabajó en una ferretería de Chile, adonde emigró con 19 años para hacer las Américas.

Dejo atrás su época de mozo en el pueblo «con más miga de toda España», el asturiano Panes, donde nació y se crió, y donde ayudaba en la fragua de su padre. Los domingos se iba con los amigos de fiesta a Potes, «a 28 kilómetros, con una bici sin cambios, a ver si conseguíamos darle a alguna un pellizquín», suelta mientras le aparece la sonrisa en el rostro. Tras un viaje de vuelta a España para hacer turismo con su mujer, Gloria, de padre español pero que conoció allá, decidieron quedarse aquí. En un primer momento en Llanes, tres años, y luego, en 1977, se fueron a Madrid.

Pese a ser el paseo de Extremadura de las calles con más acti-

vidad comercial de toda la capital, le costó echar a andar al negocio. Sigue teniendo clientes desde que empezó. «El barrio ha cambiado mucho», señala el que posiblemente sea el vendedor más antiguo de todo Puerta del Ángel, un barrio justo al otro lado de la M-30 al que también está sacudiendo la gentrificación. «Antes la gente te dejaba encargado algo y te decía: 'Luego paso, que voy a Madrid', como si el barrio no lo fuera», rememora sobre cómo han cambiado las cosas.

Lo que más le preocupa en los últimos tiempos son las tiendas de los chinos, que han hecho descender el negocio. «Es que esos no generan ni empleo», cuenta Primitivo, que podría estar jubilado hace mucho tiempo ya, pero por ahora ni se lo plantea. «Mis hijos más de cuatro veces me han preguntado que cuándo, me dicen que ya está bien. Yo les respondo que estoy bien aquí atendiendo al público, después de tantos años, aquí lo paso bien», suelta encogiéndose los hombros, como diciendo que él no tiene la culpa de

que trabajar le haga sentirse tan activo, a la vista de cómo se maneja por la tienda con la rapidez de un mancebo muchas veces.

No es el caso de Primitivo, una «rara avis» en el hecho de retrasar la jubilación; sí, desde luego, con la edad que tiene y que siga levantando la persiana a las 9.30 de la mañana. Según datos facilitados por la Seguridad Social, solo el año pasado se demoraron 13.000 jubilaciones, cerca de 1.100 al mes, una cifra que se está casi doblando este año hasta junio.

En la actualidad, de hecho, la edad efectiva de jubilación ha aumentado y se sitúa en 64,8 años. Casi veinte más tiene Primitivo. «Estoy esperando a que llegue el momento; mis hijos ya ni me preguntan», razona este asturiano enamorado de su tierra, a la que vuelve frecuentemente «pero menos de lo que me gustaría», una pasión que comparte su familia. «Tengo una nieta —tiene dos hijos y cuatro nietos— que si tuviera trabajo allí se iba para Asturias, le encanta el Norte».

A Primitivo se le hincha el pecho de orgullo de hecho cuando habla de la mejor fabada del mundo, en La Sauced de Bueyes, «a seis kilómetros» de su pueblo. Y de aire cuando recuerda alguno de sus últimos viajes, cuando va sin su mujer, y para en el mirador de Piedrasluengas, tras cruzar Cervera de Pisuerga y antes de enfilar la carretera hacia Potes. «Antes de estar la autovía hacia todos los viajes por ahí, pero ahora lo hago cuando voy solo, cuando llego arriba paro a tomar el aire», respira profundamente y pierde la mirada, como si acaso se trasladara allí por un momento.

Pese a no haber estudiado, Primitivo tiene un «excel» de cifras en la cabeza. Dispone además bajo el mostrador de un cartapacio con modelos, tamaños y precios, todo meticulosamente ordenado. Por la tienda, entre cafeteras, flexómetros, destornilladores, carros de la compra y cintas metálicas, anda también Recu, que lleva 23 años con él y es su mano derecha. Y Primitivo la defiende a capa y espada. Muchas veces le ha pasado que algún cliente le pide a ella que «venga el jefe» para hablar con él. Un menosprecio a una trabajadora que lleva toda la vida en ferretería, un gremio tradicionalmente ocupado por hombres. Cuando eso ocurre, Primitivo mira fijamente al cliente y le responde que Recu le va a atender perfectamente.

«A la gente le costó acostumbrarse», admite ella. «Es que el hecho de que te atendiera una mujer en una ferretería, ojo, que si había alguna antes era en la caja», recuerda el ferretero. Es una sociedad, la de Recu y Primitivo, inquebrantable y para rato. «Mi jefe está divinamente, esta es su vida, lo disfruta», le ensalza ella. «Yo es que no sé de otra cosa, de esto poco, pero me defiendo», dice humilde el ferretero, que sigue salvando de más de un apuro a los vecinos poco experimentados en el arte de los cachivaches y aparatos.

Solo será un minuto
La rebelión
que te revela

Tino
Pertierra



Lo primero que conviene tener en cuenta para no llamarse a desengaño es que hay ausencias que nunca van a dejar de recordarnos que hay zonas de la memoria condenadas a ser yermas y dolorosas. Eso de que el tiempo lo cura todo es una patraña como otra cualquiera. No lo creas, y tampoco creas que podrás alcanzar cualquier sueño que tengas si trabajas para construirlo con todas tus fuerzas. Y duda siempre de quien te diga que la maldad encuentra tarde o temprano su castigo o que lo que no te mata te hace más fuerte. Bah. Solo está bien autoengañarse cuando tienes una edad en la que las decepciones y derrotas no son tan poderosas como para causar cataclismos irreparables y pueden llegar a proporcionar enseñanzas que valgan la pena. Madurar no es solo aprender a vender y calmar heridas como buenamente podamos, es aceptar que las cosas son como son y que a veces es mejor una retirada honrosa o una rendición sin condiciones antes que la devastación total sin posibilidad de reconstrucción. Eso vale tanto para las relaciones amorosas como para los entornos laborales o los juegos de sociedad.

Es dañino intentar convencerse de que cualquier grieta se puede tapar y de que cerrar heridas está al alcance de tu mano

Es dañino intentar convencerse de que cualquier grieta se puede tapar y de que cerrar heridas está al alcance de tu mano si aceptas que las pérdidas irreparables son más llevaderas si buscas respuesta en dimensiones esotéricas o en cambios vitales que te devuelven tarde o temprano al punto de partida. Nada que ver con la resignación y el derrotismo: todo lo contrario. Cuando miras cara a cara al dolor que no acepta treguas o a la desilusión que merodea o a la frustración que pone zancadillas a las ganas de seguir la marcha estás admitiendo una debilidad que elimina malentendidos íntimos, buscas una lucha que deje de envanecerte. Te rebelas. Te revelas.



Primitivo Campillo, en su ferretería madrileña. | Alba Vigaray

Roberto Bécars
Madrid

Un ferretero asturiano de un barrio del sur de Madrid se niega a jubilarse a sus 84 años

«Es que aquí lo paso bien atendiendo al público», dice Primitivo Campillo, natural de Panes y con un exitoso y veterano negocio en el paseo de Extremadura

En el verano de 1977, cuando Primitivo Campillo cogió aquella ferretería destaralada en el paseo de Extremadura, casi no le veían el pelo en casa. Salía a las siete de la mañana y llegaba muy entrada la noche mientras realizaba una reforma integral del local. «Mira, para toda esta zona solo había una bombilla esférica mate de 40 vatios», recuerda en la parte interior de su tienda, El Sella. Llaves, cerrojos, candados y mil cachivaches lucen con su respectivo precio y un meticoloso orden en las puertas de los armarios.

«Esto no lo encontrarás en ningún lado, esto se hace mucho en Chile; estuve mucho tiempo para lograr que la tienda estuviera así, como está ahora», explica tras esas enormes gafas por las que se intuyen unos ojos pícaros con mucha mili. No en vano Primitivo, que acaba de cumplir 84 primaveras, lleva toda la vida detrás de un mostrador. A veces conoce perfectamente lo que quiere el cliente antes incluso de que termine de hablar. Primero trabajó en una ferretería de Chile, adonde emigró con 19 años para hacer las Américas.

Dejó atrás su época de mozo en el pueblo «con más miga de toda España», el asturiano Panes, donde nació y se crió, y donde ayudaba en la fragua de su padre. Los domingos se iba con los amigos de fiesta a Potes, «a 28 kilómetros, con una bici sin cambios, a ver si conseguíamos darle a alguna un pellizquín», suelta mientras le aparece la sonrisa en el rostro. Tras un viaje de vuelta a España para hacer turismo con su mujer, Gloria, de padre español pero que conoció allá, decidieron quedarse aquí. En un primer momento en Llanes, tres años, y luego, en 1977, se fueron a Madrid.

Pese a ser el paseo de Extremadura una de las calles con más acti-

vidad comercial de toda la capital, le costó echar a andar el negocio. Sigue teniendo clientes desde que empezó. «El barrio ha cambiado mucho», señala el que posiblemente sea el vendedor más antiguo de todo Puerta del Ángel, un barrio justo al otro lado de la M-30 al que también está sacudiendo la gentrificación. «Antes la gente te dejaba encargado algo y te decía: 'Luego paso, que voy a Madrid', como si el barrio no lo fuera», rememora sobre cómo han cambiado las cosas.

Lo que más le preocupa en los últimos tiempos son las tiendas de los chinos, que han hecho descender el negocio. «Es que esos no generan ni empleo», cuenta Primitivo, que podría estar jubilado hace mucho tiempo ya, pero por ahora ni se lo plantea. «Mis hijos más de cuatro veces me han preguntado que cuándo, me dicen que ya está bien. Yo les respondo que estoy bien aquí atendiendo al público, después de tantos años, aquí lo paso bien», suelta encogiéndose los hombros, como diciendo que él no tiene la culpa de

que trabajar le haga sentirse tan activo, a la vista de cómo se maneja por la tienda con la rapidez de un mancebo muchas veces.

No es el caso de Primitivo, una «rara avis» en el hecho de retrasar la jubilación; sí, desde luego, con la edad que tiene y que siga levantando la persiana a las 9.30 de la mañana. Según datos facilitados por la Seguridad Social, solo el año pasado se demoraron 13.000 jubilaciones, cerca de 1.100 al mes, una cifra que se está casi doblando este año hasta junio.

En la actualidad, de hecho, la edad efectiva de jubilación ha aumentado y se sitúa en 64,8 años. Casi veinte más tiene Primitivo. «Estoy esperando a que llegue el momento; mis hijos ya ni me preguntan», razona este asturiano enamorado de su tierra, a la que vuelve frecuentemente «pero menos de lo que me gustaría», una pasión que comparte su familia. «Tengo una nieta —tiene dos hijos y cuatro nietos— que si tuviera trabajo allí se iba para Asturias, le encanta el Norte».

A Primitivo se le hincha el pecho de orgullo de hecho cuando habla de la mejor fabada del mundo, en La Sauced de Bueyes, «a seis kilómetros» de su pueblo. Y de aire cuando recuerda alguno de sus últimos viajes, cuando va sin su mujer, y para en el mirador de Piedrasluengas, tras cruzar Cervera de Pisuerga y antes de enfilar la carretera hacia Potes. «Antes de estar la autovía hacia todos los viajes por ahí, pero ahora lo hago cuando voy solo, cuando llego arriba paro a tomar el aire», respira profundamente y pierde la mirada, como si acaso se trasladara allí por un momento.

Pese a no haber estudiado, Primitivo tiene un «excel» de cifras en la cabeza. Dispone además bajo el mostrador de un cartapacio con modelos, tamaños y precios, todo meticolosamente ordenado. Por la tienda, entre cafeteras, flexómetros, destornilladores, carros de la compra y cintas metálicas, anda también Recu, que lleva 23 años con él y es su mano derecha. Y Primitivo la defiende a capa y espada. Muchas veces le ha pasado que algún cliente le pide a ella que «venga el jefe» para hablar con él. Un menosprecio a una trabajadora que lleva toda la vida en ferretería, un gremio tradicionalmente ocupado por hombres. Cuando eso ocurre, Primitivo mira fijamente al cliente y le responde que Recu le va a atender perfectamente.

«A la gente le costó acostumbrarse», admite ella. «Es que el hecho de que te atendiera una mujer en una ferretería, ojo, que si había alguna antes era en la caja», recuerda el ferretero. Es una sociedad, la de Recu y Primitivo, inquebrantable y para rato. «Mi jefe está divinamente, esta es su vida, lo disfruta», le ensalza ella. «Yo es que no sé de otra cosa, de esto poco, pero me defiendo», dice humilde el ferretero, que sigue salvando de más de un apuro a los vecinos poco experimentados en el arte de los cachivaches y aparatos.

Solo será un minuto
La rebelión
que te revela

Tino
Pertierra



Lo primero que conviene tener en cuenta para no llamarse a desengaño es que hay ausencias que nunca van a dejar de recordarnos que hay zonas de la memoria condenadas a ser yermas y dolorosas. Eso de que el tiempo lo cura todo es una patraña como otra cualquiera. No lo creas, y tampoco creas que podrás alcanzar cualquier sueño que tengas si trabajas para construirlo con todas tus fuerzas. Y duda siempre de quien te diga que la maldad encuentra tarde o temprano su castigo o que lo que no te mata te hace más fuerte. Bah. Solo está bien autoengañarse cuando tienes una edad en la que las decepciones y derrotas no son tan poderosas como para causar catáclismos irreparables y pueden llegar a proporcionar enseñanzas que valgan la pena. Madurar no es solo aprender a vender y calmar heridas como buenamente podamos, es aceptar que las cosas son como son y que a veces es mejor una retirada honrosa o una rendición sin condiciones antes que la devastación total sin posibilidad de reconstrucción. Eso vale tanto para las relaciones amorosas como para los entornos laborales o los juegos de sociedad.

Es dañino intentar convencerse de que cualquier grieta se puede tapar y de que cerrar heridas está al alcance de tu mano

Es dañino intentar convencerse de que cualquier grieta se puede tapar y de que cerrar heridas está al alcance de tu mano si aceptas que las pérdidas irreparables son más llevaderas si buscas respuesta en dimensiones esotéricas o en cambios vitales que te devuelven tarde o temprano al punto de partida. Nada que ver con la resignación y el derrotismo: todo lo contrario. Cuando miras cara a cara al dolor que no acepta treguas o a la desilusión que merodea o a la frustración que pone zancadillas a las ganas de seguir la marcha estás admitiendo una debilidad que elimina malentendidos íntimos, buscas una lucha que deje de envanecerte. Te rebelas. Te revelas.